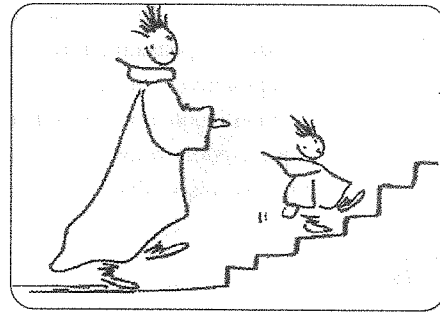


4. Responsabilidad:

Una persona responsable cumple con el deber que se le asignó y permanece fiel al objetivo. Las responsabilidades se llevan a cabo con integridad y con sentido del propósito⁴.



Un profesional responsable es el que ha aceptado el papel que se le ha confiado y lo lleva a cabo conscientemente poniendo lo mejor de él como profesional y comprometiéndose y cooperando con su equipo de trabajo; así mismo, asegura el beneficio de la organización donde labora, anteponiéndose a sus propios intereses.

Un contador debe perseverar con la motivación de cumplir fielmente el objetivo que se le dio al iniciar su labor profesional, y debe ser consciente de que las personas responsables trabajan en colaboración, administrando con eficacia su tiempo y sus recursos, obteniendo el máximo beneficio de las tareas que se han trazado.

En el ejercicio profesional un contador con responsabilidades a cargo debe dar ejemplo, pues cuanto más importante sea su papel mayor es el impacto que jerce a su alrededor y debe mostrarse como modelo de conducta cuidando su influencia hacia los demás.

La importancia de los valores y su influencia en el desarrollo de nuestra labor como profesionales hace que aunque vivamos en un mundo evolutivo, estas cualidades no varíen, por el contrario se afiancen y permitan que nos preocupemos por mejorar y colaborar con la evolución de las organizaciones, a través del desempeño como contadores en las áreas de auditoría, contabilidad y costos, docencia, finanzas, sistemas o cualquier otra labor que se desarrolle.

4. Responsabilidad. Valores para Vivir.

3. EL CONTADOR PÚBLICO: DE MOLINERO DE CIFRAS A PANIFICADOR DE LA CONFIANZA PÚBLICA (MINISEMBLANZA HISTÓRICO-PARROQUIAL)

Luis José Villarreal Vásquez
Docente de Comunicación y redacción
en la Facultad de Contaduría Pública

La primera noción que tengo de un contador público es quizás la de una tía abuela que se desempeñaba como contabilista, propietaria, gerente, revisora fiscal y consumidora de una pequeña fábrica de chocolate en un pueblecito de Santander, de cuyo nombre me acuerdo todos los días. Su oficina medía apenas unos diez metros cuadrados, estaba situada debajo de la escalera que llevaba al segundo piso de la modesta factoría, que era, además, su propia casa. La aderezaban tres o cuatro pastas de A-Z, un centenario escritorio de nogal, un archivador de tres gavetas, un candelero de barro para una vela de sebo, un tintero y una pluma metálica –a falta de la consabida de ganso, que ya habían entrado en prematuro peligro de extinción.

Nunca nadie supo qué hacía exactamente mi pobre tía. Encorvada a la enésima potencia, no cesaba nunca de trazar caracteres, con una envidiable caligrafía de monje medieval. En sus manos, las arrobas de cacao de San Vicente, los quintales de azúcar de Piedecuesta y las cajas de nuez moscada de Ceilán se convertían en una magnificencia de perfiles y palotes de extraordinaria manufactura lengerkiana, arábica y fenicia; y sus intachables –e intachadas– y acodaladas columnas marcaban siempre la diferencia entre el Deber y el Haber, con Saldos artística y realmente positivos.

El saber era eminentemente caligráfico, sumado a una honradez acrisolada y jeneral. Todavía nuestros abuelos radicales escribían general con jota.

Años más tarde, tuve otra aproximación a la contaduría pública. Otro pariente me obsequió de cumpleaños –añoro cuántos– un formulario de estudios por correspondencia, de la otrora famosa Hemphil Schools. Yo amaba la literatura

con un amor enfermizo, y quizás por eso escogí un curso de Teneduría de Libros. Soñaba tal vez con una colección completa de CERVANTES, de SHAKESPEARE o de DANTE; o, para no ir tan lejos, con algo de TOMÁS CARRASQUILLA, de CABALLERO CALDERÓN o de JULIO FLÓREZ. Pero no fue así, ni con mucho menos parecido. Recuerdo que no supe dónde me quedé, ni supe qué hacer con la serie de envíos que me comenzaron a llegar desde los Estados Unidos. Tampoco entendía por qué, si yo anhelaba libros de literatura, de poesía y de arte, me pedían que trazara columnas verticales, como las de la, para entonces, difunta tía. De toda aquella alharaca mercantilista solo opté por la verticalidad de la honradez. Y abandoné el dichoso estudio. Procuré, eso sí, no dejarme ver de mi pariente, quien para colmo de males había pagado de contado los tres niveles del curso. El saber era altamente aritmético, y la honradez solo llegaba hasta los soportes contables.

Tiempo después, no ha mucho; cuasi profesional en tres ciencias, graduado en cuatro disciplinas y experto en algunas artes y oficios, heme aquí, de lleno, medido entre las mismísimas fauces de la contaduría pública. Pero no como manejador de cifras; ni como tenedor de libros de balances y de bancos; ni como moledor de cifras deshumanizadas; sino como profesor de Redacción académica y Comunicación para pichones de gerenciables, con una herencia acumulada, donde el saber es altamente matemático, estadístico y tecnológico. Pero la honradez – al menos, y por fortuna, fuera de la Universidad Externado de Colombia – no solo admite, sino que exige prueba en contrario, en un momento histórico, digo, teñido de “escándalos” parmalatianos, hollingerianos, boeinguerianos, dickgrassianos, ticyanos, enronianos, y demás acabados análogamente.

El contador público que habrá de venir tendrá que tener la dedicación cuasiangélica, monástica y medieval de la tía abuela; los anhelos arcangélicos –aunque despistados– del tenedor de libros; los desvelos abnegados de un moledor de cifras; los saberes virtuosos y virtuales de un contador moderno; la fe intachable, incólume y acrisolada de los más fidedignos garantes de la fe pública; y, además y por excelencia, una aptitud a toda prueba para escribir y comunicar su pensamiento no solo científico y matemático sino también político y filosófico, que le permita exponer sus ideas, orientar sus empresas y competir abierta y lealmente con las más ineludibles e inescrutables leyes del mercado, del ser, del hacer y del parecer.

4. EL CONTADOR PÚBLICO: UN SER HUMANO DE SENTIDOS Y RESPONSABILIDADES

Bertha Cecilia Herrera de Peña
Docente de Metodología para el desarrollo
de la Facultad de Contaduría Pública

La labor profesional del contador público “implica hoy tener una identidad, la posibilidad de desarrollarse en todas las dimensiones humanas y de crecer como pensador social, para entonces sí hablar de un buen ciudadano y del ejercicio responsable de la profesión”¹. En otras palabras, implica una obra verdaderamente humana realizada por un ser verdaderamente humano.

Hay que admitir que hasta hoy no es posible demostrar, de forma absoluta, que una concepción del ser humano sea más cierta que otra, pero sí es posible darse cuenta de las consecuencias reales de volver la mirada hacia la recuperación de lo humano. El contador externadista es reflejo de esta mirada, pues la Facultad “centra la formación del contador público en los principios de la misión institucional como son: el fomento de los valores personales, cívicos y sociales, dentro de una filosofía pluralista con una concepción interdisciplinaria, humanística e integral. Parte del reconocimiento de la dignidad humana, su realidad y sus múltiples interacciones de orden intelectual, afectivo, físico, espiritual y social”².

En esta perspectiva, el contador “ser humano” ante todo, promueve mejores actitudes y conductas que le permiten descubrir sus capacidades, talentos y aptitudes con una visión clara de persona autónoma, de grades cualidades morales, y sobre todo con gran sentido social.

1. Contacto disciplinar FENECOP (Federación Nacional de Contadores Públicos), xv Congreso Nacional de Contadores Públicos.
2. Proyecto académico de la Facultad de Contaduría Pública de la Universidad Externado de Colombia.